

CÓRDOBA, CAPILLA DE LO OCULTO Y DE LA BELLEZA EMPOLVADA

GINÉS LIÉBANA VELASCO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Parafraseando la máxima: “Bienaventurados sean los antiguos, porque no tuvieron antigüedades”, afirmo que, en una ciudad con tanto atractivo como Córdoba, elegida por su enclave geográfico y el prestigio de su civilización, con frecuencia su paisaje queda por encima de sus huéspedes.

La incultura pisando la cultura niega la voluntad. Cuando la naturaleza se cierra para defenderse de la luz artificial y vive al margen de los que la habitan se produce el desgarro.

Hay tres córdobas bajo su estrato, como Roma. Y vivir en un museo no es fácil. Estar constantemente en lo sublime se acaba no viéndolo. Como en la vida, habría que abandonarla. Extrañaría en su ausencia agudizaría el instinto para amarla. Recostada, en su aparente oscuridad, indolente, sin alegrar sus bastiones, sin limpiar su mármol de alabastrías se ha limitado a permanecer. No busca una solución, no lucha. Sueña con la estación lluviosa, la frecuente el calor del desierto...

Capilla de lo oculto y de la belleza empolvada, se aquieta en sus terreno agraciado. Cuando aquí anochece, a la luz le gusta quedarse por más tiempo. Su recinto está tan mágicamente urdido que el tiempo marcó su rostro insertándolo en un paisaje desgreñado. Siendo una de la ciudades-destino del planeta, vive la Nebulosa de Séneca.

Mi gratitud y ofrenda se deben a que en ella aprendí a descubrir el sentido de la paciencia, el arte de esperar. A no hallar diferencia entre lo popular y lo elitista. A aburrirme con los datos. A burlarme de la erudición y del enciclopedismo mustio. Me enseñó el hallazgo del tópico como fuente del humor, el modo de jugar con la tentación y, sobre todo, a rechazar el arte que niega el placer de los sentidos.

La vieja ingeniería no poseía los resortes técnicos para desvelarla. Hoy no hay diferencia entre el concepto poético y la ciencia. Porque existe lo que se llama el mirar desplegado: ver la realidad trabajando los espacios. La historia de los

espacios está en nuestra propia mirada, no en el punto fijo ni en el mirar obsesivo. Por eso, los conceptos progresía y vanguardia son limitados.

Vanguardia quiere decir que una cosa va delante de otra y las cosas avanzan, orbitan, girar, se recogen, vuelven, se repliegan...

Fosilizar el arte que marcha en una sola dirección, latente desde el comienzo del siglo XX con las respectivas nuevas tendencias, no se explica en Córdoba, dónde no hay sitio para el vacío civilizado. Este suelo no es un instrumento restringido, ni racionalista. Por eso, a Córdoba le aburren los monumentos acostados en los libros. En cada uno de sus espacios hay otras zonas de espacios, y otras... en una cadena interminable.

Esto explica lo que yo hago muchas veces al pintar: unir, fragmentar, dividir, es decir, jugar con los espacios transformables. Unas cosas están situadas simétricamente y otras se mueven a través del espacio, van rotando, lo deshacen, desaparecen, vuelven a salir. Antes no se podía trabajar a través del tiempo. Tenía que investigar en legajos, buscar datos... Hoy, entre persona y dato, hay una distancia cero. Das a un botón y aparece lo que quieras.

En esos espacios transformables está Córdoba, amiga de la brisa; se oye dentro. Cuando dice dentro, habría que preguntarle: "¿Dónde queda ese centro?". Ella respondería "Mi centro son voces". "¿Voces de quién?". De centro de las estatuas, de las piedras, de los fustes, que transmiten lo que crece en la humedad para llegar a la puerta de la emoción y oír, en la resonancia, el aliento de sus ruinas, entreteniéndonos con su respiración de eternidad. La sencillez es la conquista mágica de la creación.

Como ejemplo de su actuar hermético, en Córdoba la bulla es forastera. Los incendios lingüísticos son domiciliarios y los volcanes se ponen en erupción en los pisos. El horno está en la calle Córdoba es la bella hija de un pensador que lleva en su mirada herencia de siglos. Tiene la virtud costosa de la revelación que, en escenas adivinatorias de encuentros, nos embarca con su misterioso comportamiento. Esto fue lo que nos ayudó a encontrar el espacio donde recrear la empresa invisible, como perfume de la intuición de lo que aspirábamos como ciudad de ciudades. Puesto que Córdoba es el principio de la ciudad abierta que conserva puertas adentro, su sabiduría. Sus huecos de salida no se ven, su contenido se esparce en una frontera sin limitación, entre la casa y la calle, como un teatro al aire libre.

Más que el cromo convencional de una elegía lo que hago es un elogio. Y lo digo a sabiendas. No la destruyen los expolios por estar acostumbrada al invasor. Ni los afeites de los arquitectos ni el lucro de los constructores. (Bereberes o pseudo-godos no son nuevos en su historia). Está avezada a estos avatares y pervive por encima de ellos. Los postizos no la rozan. Se amolda a lo que aparentemente la destroza. Su naturaleza está en complicidad con sus afueras. Si no, compruébenlo: El tiempo trajeado y la brisa con corbata le he envuelto al cauce al río. Las piedras recientes se cubrieron de musgo. Su palpito resiste convirtiéndola en la ciudad del placer compartido. Por eso trata a los bárbaros con desprecio elegante. Ella siente lo que yo llamo el desdén por el desván. Y, para protegerse de la incompreensión, se cubre de tierra arenosa.

Cuando la belleza se oscurece merece una disculpa. Pues bien, todavía hay

gentes que quiere soñarla, la vida está insistiendo. Las ciudades con imaginación tienen lugares desprendidos. Hay que hacer todas las diligencias para que el placer abra por la tarde. Existen los que desean penetrar en el enigma, enigma de lo que ella quiere transmitirnos, de las habilidades que se tejían en el esplendor de su pasado. ¿Qué más puedo decir que ella si, aunque despliegue mi talento, no tengo ciencia suficiente? ¿Cómo ofrecerle lo que llevo guardado? ¿Cómo echarle cal a su silencio si no sabe callarse? Córdoba, incomprendida y vapuleada, siempre tendrá, en su no deseado naufragio, precios y restos del barco luminoso que trajo, del lejano oriente, el germen de una belleza que, al contacto con esta geografía de la pasión, originaron trasuntos y sensaciones de paraíso.

Y acabo. Amuleto amante, dulce y oculto ¡Goliat de Africa! ¡Tamboró, Tamboró! ¡Viva la pluma estilográfica!.